

Juan Rivera Arroyo

Albert Speer, un día

PREMIO DE NOVELA VARGAS LLOSA 2020

LHG



hespérides

JUAN RIVERA ARROYO

Albert Speer, un día

Premio de Novela Vargas Llosa 2020



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2021

Este libro fue ganador del XXV Premio de Novela Vargas Llosa,
concedido en diciembre de 2020 por la Cátedra Vargas Llosa,
la Universidad de Murcia y la Fundación Mediterráneo

© De los textos: Juan Rivera Arroyo

Madrid, noviembre 2021

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-03-0
D. L.: M-26906-2021

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

*A mi padre,
que concibe la caminata y la narración
como una sola maniobra.*

Índice

1. Europa (1954-1956)	4
2. Amanecer	31
3. Asia (1957-1959)	45
4. Mediodía	79
5. Rusia (1960-1962)	94
6. Atardecer.....	129
7. Norteamérica (1963-1965)	144
8. Anochecer	175
9. México (1966)	191
10. Medianoche	209
11. Londres, 1 de septiembre de 1981.....	222

Europa (1954-1956)

Albert Speer comenzó a caminar. Estaba por cumplir ocho años de encarcelamiento y aún restaban doce para su liberación. El dato resonaba demasiado fuerte en sus adentros, y temía que de tanto repetirlo una ansiedad funesta terminara de demolerle el alma. Prefería pensar en la condena como la medición de un día. Si su condena entera equivalía a veinticuatro horas, para Albert Speer eran entonces las 9:36 de la mañana. Cada dos horas y diez minutos reales pasaba un segundo del día figurado. El sistema del reloj volvía más ligera su percepción del paso del tiempo.

Lo de caminar no había sido su primera idea para ocuparse. Había antes llenado con tierra un pozo de ciento cincuenta metros cúbicos. Aunque el esfuerzo con la pala le había traído el cansancio físico que buscaba, al final del ejercicio su mente no había realizado ningún trabajo. Algunas veces también había intentado con el teatro; imaginaba puestas en escena con tal minucia que, cuando caían las cortinas, sentía el impulso de aplaudir. Pero al cabo de la fantasía, Albert Speer no había fatigado los músculos del cuerpo. Descubrió que para poder conciliar el sueño necesitaba una empresa que lo agotara en ambos sentidos. Fue por eso que en su caminata los pasos eran sólo la mitad del asunto.

La prisión era la de Spandau, en Berlín. La fachada lucía como la de un castillo. Era una construcción de ladrillo rojo, decolorada por la desgracia. Tenía un centenar de celdas y seis

torres de vigilancia. La administración estaba a cargo de cuatro naciones. En todo momento había sesenta soldados en turno, y durante el día la operación precisaba de un director y un oficial médico por cada una de las naciones, y además había guardias, porteros, cocineros, electricistas, secretarias y traductores. El elemento central, sin embargo, no era del tamaño del aparato: en Spandau sólo había siete presos.

El 18 de septiembre de 1954, en el interior de una prisión, Albert Speer comenzó una caminata alrededor del mundo.

Amanecía.

Se puede asumir que ese día Albert Speer caminó del jardín de la prisión hacia el edificio principal, cruzó el largo pasillo de celdas abandonadas, pasó los tres puntos de seguridad y las oficinas, salió por la enorme puerta de estilo medieval y dirigió su marcha hacia el sur de Berlín.

Días antes había trazado en el patio una pista circular de doscientos setenta metros de largo. Pudo haberla prolongado unas decenas de metros más, pero la ruta que eligió contaba con las mejores vistas. En cierto punto del camino los árboles viejos de alrededor se alineaban para bloquear por completo el edificio principal; si mantenía la mirada lejos de las torres de vigilancia, Albert Speer podía olvidarse de que se hallaba en una cárcel. Antes de dar el primer paso, tomó la decisión de caminar siempre en el sentido de las agujas del reloj.

A partir de entonces contó cada vuelta que caminó en la pista. Debido a que su mente estaba ocupada con el espejismo del viaje, recurría a un sistema de cómputo tan sencillo como eficaz. Se metía un puñado de frijoles en un bolsillo de los pantalones y a cada vuelta que completaba cogía uno y lo pasaba al otro bolsillo; con el tiempo se volvió una acción mecánica. El

sistema se lo había recomendado otro preso luego de varios días de observación.

Albert Speer era arquitecto. En parte estaba ahí encerrado por las ideas que había proyectado para el Tercer Reich. Su arquitectura había exhibido a plena vista una ideología que resultó equivocada, y era tan evidente como un rascacielos inclinado. Más que por sus proyectos, lo habían castigado por trasladar su impecable organización arquitectónica al ministerio de armamento, en 1942; la falta de Albert Speer fue la de haber ocupado su habilidad de edificación para derrumbar al enemigo.

Al final de la guerra tenía cuarenta años; al inicio de la caminata, cuarenta y nueve.

La prisión de Spandau era administrada por la Unión Soviética, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña. Los cuatro poderes se turnaban mes con mes la guardia de la prisión, y eso les daba a los presos una mínima sensación de variedad. Las administraciones occidentales ofrecían cada cual una ventaja. Los franceses tenían buena cocina, los americanos permitían más tiempo al aire libre y los ingleses entregaban generosas raciones de tabaco. Los rusos, por su parte, se limitaban a despertar a todo el mundo más temprano.

Los siete presos eran alemanes. Habían ocupado altos puestos en el régimen del Tercer Reich, y después de la guerra fueron enjuiciados en Núremberg. Tres de ellos estaban cumpliendo cadena perpetua.

Las diferentes opiniones de los cuatro poderes habían terminado por crear una serie de regulaciones estrictas y capri-

chosas. En Spandau no había más lógica que la burocracia. El reglamento lo forjaron los cuatro poderes con los ojos sobre el papel. Quizá por eso, durante los primeros tres años de encarcelamiento, el uniforme de los presos fue el que se había utilizado en los campos de concentración alemanes. Mientras la fricción política creció, las discusiones sobre las más sutiles normas se volvieron cuestiones de honor. Pero a veces las medidas tenían un efecto artificial en la práctica. Por ejemplo, estaba permitido que el guardia y el preso estuvieran de pie juntos; tampoco había problema si el guardia se sentaba y el preso se mantenía de pie. Pero si el prisionero se sentaba mientras el guardia estaba parado frente a él, ello correspondía a una falta. Por supuesto, la situación en que el guardia y el preso se sentaran juntos era abominable.

Desde el primer día, los siete presos recibieron un número y esa era la única manera correcta de referirse a ellos. Desde hacía ocho años, Albert Speer era el número cinco.

Con una escuadra de madera midió la longitud de su calzado. Treinta y un centímetros. Luego le dio una vuelta a la pista colocando un pie frente a otro. Ochocientas setenta pisadas. Por eso sabía que la pista tenía doscientos setenta metros.

Al terminar una jornada de caminata, volvía a su celda y calculaba los kilómetros. Después determinaba el avance que había tenido allá fuera, al otro lado de los muros. A veces tenía mapas. A veces tenía libros. A veces tenía cifras. Todo paso que daba en la pista lo daba a la vez en el exterior.

Así, en su cumpleaños número cincuenta, llegó a la ciudad de Heidelberg, al sur de Frankfurt. Cuando tenía trece años, se había mudado con su familia a la casa de campo que tenían ahí.

Albert Speer estaba acostado en el piso de la celda, pensando en circuitos. Era día de visita. Pensó en la deliciosa suerte de quienes nacen y mueren en la misma cama. No importa qué han hecho en la vida, qué tan turbulento ha sido el viaje, llegan a casa después de todo. Un círculo perfecto. El primer paso al salir de casa es también el primero del regreso.

Más tarde vería a su esposa, Margarete. Quince minutos por bimestre. Aún no le había comentado nada acerca del proyecto de caminar, no por falta de medios sino de voluntad. Además de la correspondencia oficial, con términos estrictos de contenido, extensión y frecuencia, tenía un medio postal clandestino: un guardia que escabullía cuantas cartas el arquitecto escribiera. Si no le había dicho de la caminata a su esposa, era porque algo le incomodaba. No quería sonar absurdo. Sospechaba que el encierro había afectado su mente y que el proyecto no era más que un disparate. Decidió que, si se animaba a contárselo, lo haría frente a frente, para ver su reacción.

Pensaba en circuitos a pesar de que la celda y la prisión eran rectangulares, y a pesar de que Berlín era una ciudad sin demasiadas glorietas. La convivencia de lo redondo y lo cuadrado le resultaba extraña. Creía que las ventanas redondas en edificios cuadrados eran casi siempre desatinadas, pero que eran bellas en los barcos. Visualizó un anillo guardado en una caja, un sol al centro de una bandera, una lupa sobre un libro. Quizá el encierro había hecho de su mente una mesa redonda con mantel rectangular. Se consoló con la idea de que los trazos rectos de la arquitectura los dibuja la punta redonda del lápiz.

Según sus cálculos, la dimensión del patio comprendía entre cinco y seis mil metros cuadrados. En otros tiempos, Albert Speer solía añadir o descontar hectáreas a los proyectos ar-

quitectónicos de la nación con la espontaneidad del escritor que con un adjetivo cambia la extensión de un reino. Ahora había entendido el potencial verdadero y vasto de media hectárea.

A la llegada de los siete prisioneros, el patio era un parque descuidado. En vez de ensombrecer el lugar, el esplendor silvestre contrarrestaba el sonido de las puertas metálicas y el olor a quemado y el gris del cielo de Berlín, que sería gris hasta la eternidad. Los prisioneros podían pasar hasta seis horas a la intemperie. Plantaron algunos árboles y algunas flores, y consiguieron incluso cosechar vegetales, que se aprovechaban en la cocina. Las pupilas de los prisioneros se aclararon un poco el día que un arbusto que habían plantado juntos rebasó la altura del hombre más alto de los siete.

Las formaciones de los compañeros de Albert Speer eran variadas. Había un diplomático, un economista, un escritor, un politólogo y dos almirantes. El arquitecto era el único que tenía cierto conocimiento en paisajismo. Cuando los años comenzaron a formar hermandades, él se mantuvo en soledad. Su temperamento lo aproximó por naturaleza a los libros y a los dibujos, y su conducta en el grupo fue la de un agente libre, que podía pasar algunos ratos con todos, pero que no creaba ataduras con nadie.

La sede de sus esmeros fue un jardín que diseñó al centro de la pista. Hizo de ese bosque un edén inesperado. Mantenía equilibrados el sudor que derramaba en los arreglos y el ejercicio de la mente que empleaba en los diseños. El plan y la ejecución del jardín fueron un agasajo para su salud.

Al octavo año de su condena, no había en Berlín un parque tan bello. Hasta los directores de los cuatro poderes se paseaban por ahí.